

En esta ocasión les presentamos un guión inédito para televisión de Sergio Magaña, uno de los dramaturgos más representativos de nuestro país en la segunda mitad del siglo XX, a quien Salvador Novo le estrenó en el Palacio de Bellas Artes, en 1951, una de las obras cumbres del teatro mexicano de todos los tiempos: "Los signos del zodiaco". Guionista cinematográfico, cuentista, novelista, traductor, compositor, escritor de cómics, maestro de teatro, bohemio, diplomático, llenó toda una época en el medio cultural de México. Sergio Magaña es el autor más ambicioso y original de nuestro medio, ya que en sus obras, como nadie, aborda géneros distintos: Tragedia, comedia musical, sátira, melodrama. A pesar de la importancia de su obra, es un autor olvidado por las instituciones culturales y casi desconocido por las nuevas generaciones. Este manuscrito es propiedad de Dionicio Morales, amigo y discípulo muy cercano, quien nos lo facilitó para conmemorar los 80 años de su nacimiento.

El Búho

Lutos y diamantes

Esta narración tiene como fuente la noticia aparecida en un diario del D.F. en la década de los sesenta donde se reseña lo sucedido a un taxista.

Cuarto recibidor-cocina-comedor y recámara; apartamento de Margarito Popota (Tito), joven taxista mexicano, simpático y padre, recién casado con Berta, mujer joven y bonita y también pobre.

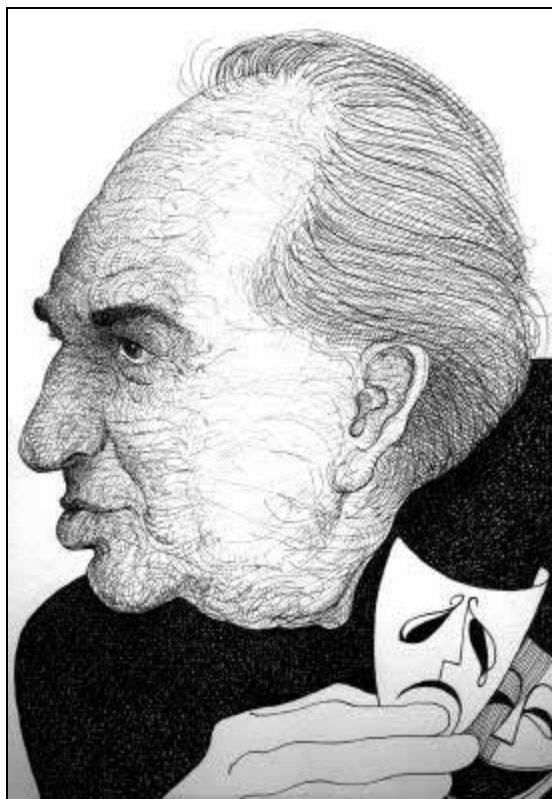
De acuerdo a la condición económica de la pareja, visten trajes sencillos de "todos los días". El modo que tienen de hablar y comportarse es bien popular, urbano, sin llegar a lépero.

En la primera escena, Berta viste una bata corriente, de baño. El pelo de Berta se ve todavía húmedo, sin peinarse. Los modales de ella son algo lentos, voluptuosos,

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

SERGIO MAGAÑA



Retrato de Sergio Magaña

pero naturales, sin ostentación. La pieza de baño es estrecha y el lavabo muy chico. En la pieza grande se ve una cocineta pegada a la pared. Enfrente está el lecho o cama matrimonial, y del muro junto a la cama cuelga un cuadro, una mala copia comercial de la Santa Cena (Da Vinci). En la misma pared, una ventana sin cortinas, que mira a la calle. Próxima a la cocineta una mesita con mantel limpio, un plato y una cuchara vacíos. Hay un buró sin barnizar junto a la cama. Encima del buró, un despertador baratón. Clavado en la puerta del baño se distingue un calendario con paisaje, números y días. A pesar de lo estrecho y desordenado, el apartamento no parece siniestro, sino casi alegre. Del techo cuelga un foco, sin pantalla. Al empezar la acción está encendido. Tito duerme en la cama envuelto en una colcha. Berta, con bata de baño y el pelo húmedo, revisa el calendario; su dedo señala varios días. Se toca la barriga; piensa algo, se encoge de hombros, mira todo en torno con mirada rutinaria: observa a Tito dormido, la cocineta donde la cafetera vaporiza, finalmente al reloj, que marca las nueve. Berta se inclina para mover a Tito. Le toca la cabeza. Suena el timbre del reloj despertador.

Berta. (voz tranquila) –¡Arriba mi taxista! ¡Tito, son las nueve de la noche.

Tito se remolinea molesto. Saca la cara de la colcha que lo envuelve.

Tito. –¡No la...chin!

Mano de Berta interrumpiendo el sonido del despertador.

Berta. –Ni modo. Son las nueve de la noche Margarito Popoca.

Cesa timbre despertador.

Berta. –Y esto seguirá siempre así...

Tito. (sin mal humor) –No me digas Margarito. Dime Tito.

Berta. –Mientras tengas el turno de noche...¿A quién se le ocurren los turnos de noche?

Tito. (sonriendo) –Al hambre. No me dan otro hasta el mes que entra.

La bata de Berta escurre un poco y se medio ven los senos de mujer joven y fresca. Tito con animada expresión levanta un brazo. Sus dedos acarician un seno de Berta. La mano de Berta retira sin violencia los dedos de Tito.

Berta. (malhumorada) –Estamos recién casados; nos pasamos el día durmiendo y tú trabajas de noche. ¿Te has preguntado qué hago yo toda las noches sola y despierta? ¡Anda, levántate!

Tito se incorpora con el torso desnudo. Un gato negro surge de las cobijas. Es Federico.

Berta. (al gato) –También tú, ¡holgazanes!

Tito. (a Berta) – ¡Huy, qué geniecito!

Berta camina hacia la cocineta y empieza a manipular trastes.

Berta. –Tú te diviertes chafireteando, ¿y yo qué? No tenemos ni televisión. (Reflexiva). La televisión es un medio moderno de comunicación.

Tito. (Apenadito) –Es cierto. Bueno, esquiúsmi.

Berta pone en la estufa una sartén de aceite. Luego, serena, rompe el cascarón de dos huevos en una taza.

Berta. –También me prometiste una medalla de oro y un anillo de brillantes. ¿Cuándo?

Berta se para enfrente del calendario y apunta varias fechas con el dedo. Se le ve preocupada.

Tito. –¿Qué tanto le miras al calendario?

Berta saca de la bolsa de la bata una tira de pastillas anticonceptivas.

Berta. (Calmada) –Cada uno tiene sus obligaciones y responsabilidades. (Trans.) No me acuerdo si hoy me tomé la píldora o no me la tomé.

Berta toma la taza de los huevos y los vacía en la sartén con la grasa caliente.

Tito. (A Berta) – Pues si te sacas la lotería, el premio será todo tuyo.

Los huevos friéndose con jamón.

Berta. –Además, con esa dichosa píldora me da la náusea.

Tito acariciando al gato Federico.

Tito. (Al gato)–Ya lo oíste, Federico, tú tienes la culpa.

Miau, Miarramiau.

Berta se da de golpecitos en el vientre.

Berta. –Eso quisieras tú, taxista; pero nones, todavía no.

Berta, con gran cuidado y aferrando la palita de acero, pasa los huevos con jamón al plato limpio.

Berta. –Hay que vivirla un rato sin cosijos.

Tito. –Muy liberada¿no?

Berta. –Tampoco, tampoco. No es para tanto. Soy una mujer bien casada...¡Y contigo! Hago de comer con lo que tenemos.

Tito, jugando con el gato.

Tito. (Al gato) –Yo no fui. Fue teté. Pégale, pégale que ella fue.

Tito se levanta con su torso desnudo de hombre joven y pantalón de mezclilla. Deja en la cama al gato y se acerca a Berta abrazándola por la espalda con buen humor y cariño.

Berta. –Yo traje la estufa, aquí está, la uso. Y tú, ¿qué has traído?

Berta y Tito se separan.

Berta. (Sin enojo) –¡Ay, déjame, Tito! Hueles a gato, ¡fúchila!

Tito (De buen humor)- Pero soy tu taxista, ¡libre! Y con turno de noche. (Recitando). Mi alma es noctívaga como el murciélago.

Berta (Señalando la mesita donde están los huevos) –Te advierto que los huevos se enfrían.

Tito no va a sentarse a la mesa; se le ve el torso desnudo y los pies descalzos, sin calcetines.

Berta. –¡Lávate antes, las manos cuando menos!

Tito se inclina al minúsculo lavabo y se moja la cabeza y el rostro. Después se seca con una toalla el pelo y la cara.

Berta. –Esos turnos de noche no son buenos. Seguro que subes a cuanto changa marranga te gusta. (Desdeñosa). Conozco a las mujeres...y también a los taxistas.

Tito abraza amoroso a Berta.

Tito. (A Berta) –Muy sabia ¿eh?

Tito poniéndose la camisa (no usa camiseta) y la chamarra. Luego las botas (no usa calcetines).

Berta.–Y ese gato apestoso...(suspica), ¿no será gata? Subes y bajas con ese bicho.

Cabeza del gato negro.

Berta. –Deberías dejarlo en la casa. Aquí hay ratones.

Tito. (En gran farsa) –Federico es mi tercer frente. Lo amo.

Berta. –No lo dudo...(Juntando índice y pulgar). Ni así. Hay casos. (Eleva la voz). ¡No lo subas a la mesa, no seas sucio! Los animales son

Animales.

Berta se acerca a Tito que está sentado a la mesa, comiendo. Lo abraza por la espalda con amor de esposa.

Berta- Perdona mis berrinches. Esa condenada píldora me pone de nervios.

Tito acaricia a Berta con ternura.

Tito (Amoroso)- No haya fijón. Te quiero, mi Berta, con todo y tus berrinches.

Sonido de cláxon en la calle. Tito y Berta se sobresaltan.

Berta- Es don Facundo, tu relevo.

Tito se levanta de la mesa y va a asomarse a la ventana. Hace señas.

Taxi abajo, en la calle, estacionado frente al zaguán. Es noche cerrada. La luna alumbra llena. Algunos nubarrones. A lo lejos, las luces de la ciudad.

Cabeza del gato negro con sus ojos misteriosos.

Tito cargando al gato, baja las escaleras del feo edificio de dos pisos. Sale a la calle. Mira al taxi oscuro estacionado frente al zaguán.

Rumor de ciudad. Llantas frotando en pavimento. Pisadas lejanas, etcétera.

Tito con el gato en brazos acercándose al taxi estacionado.

Tito. (Alegre) –¿Qué tal, don Pancho?

Se abre la puerta delantera del taxi. Baja don Pancho. Sube Tito con el gato en brazos. El taxi cambia luces y se pierde en las calles nocturnas. Don Pancho se aleja.

Tito va al volante del taxi. Se ven pasar casas, calles, cruceros. Noche. Rumores de ciudad.

El gato Federico, acurrucado, comparte el asiento delantero con Tito que le acaricia el lomo.

Tito. (Canturreando) –Dándole a la Singer trabajaba la modista, peda, pedaleando esperando a su taxista.

Otro taxi se atraviesa. Casi chocan. Claxon mentando la madre.

Tito: su rostro lleno de ira, saca la cabeza por la ventanilla.

Tito. (Gritando) –¡La tuya, hijo de tu peluda abuela!

Manos de Tito aferrando el micrófono de su radio taxi. Tito parloteando al micrófono. Su cara es la de siempre, con buen humor.

Tito. –Aquí se reporta el 27. Cambio.

Micrófono. (Mujer) –¡Ay caracho! ¿Es usted?

Tito. –El mismo para bañarla y acariciarla, mi Sonia Sonajera. ¡Hummmmm! ¡Tienes la voz más linda del universo universal!

Micrófono (Mujer)- Usted siempre echando relajo. Lo voy a reportar. Tito interrumpe la comunicación. Se vuelve al gato.

Tito. –Con las viejas carrascalosas no se puede. Si uno está de malas, se enoja. Y si uno está de buenas, se enoja.

Tito tomando y conectando otra vez el micrófono.

Tito. (Al micrófono) –El número 27 se reporta llegando a la base.

Cambio. Corte. Sitio taxis.

Noche. Tres taxistas en cuchillas y en rueda, ven llegar las luces del taxi de Tito.

Taxista 1. – Ya llegó el gato.

Taxista 2. –El hidráulico.

Taxista 3 se levanta. Luego se aleja.

Taxista 3. –Voy por café. Pongan los vasos.

Taxista 1 señalando el taxi de Tito. Taxista 2 se inclina al taxista 1.

Taxista 1. –Yo que él, no traería un gato. Lo tenemos prohibido. Además hay pasajeros melindrosos.

Taxista 2. – Los gatos negros son de mala laika. Tengo un pasaje a Cuernavaca. ¿Cuánto le cobro?

Taxista 1- Pregúntale a Sonia.

Taxista 1, le cierra un ojo al taxista 2.

Taxista 2. –Eso es aparte. Según tú, cuánto yo cobro?

Taxista 1. –Depende. Ya sabes.

Llega taxista 3 llevando café en una jarra. Va llevando vasos de plástico con el café negro. Se oyen pisadas de botas acercándose.

Tito llegando al grupo de taxistas. Lleva al gato Federico.

Tito. –Ya llegó su ángel de la guarda esclavos.

Taxista 2. –Otra vez con ese animal. Si lo sabe Sonia, te chispan. Hay pasajeros melindrosos.

Los cuatro taxistas se miran.

Taxista 1- En serio, oigan. Las cosas de noche son más feas. Ayer me cargué a un muerto.

Taxista 2- ¡A poco!

Noche. Un viajecito entelerido. Gesto triste. Cierra los ojos y queda sentado en el asiento delantero de un taxi negro.

Taxista 1. –Era un ruco temblando en un abrigo. Creo le dio el infarto...Y ahí se quedó, sentado para siempre. Lo bueno que no vomitó ni nada. Si no, chinga pa'limpiar el auto. De todos modos tuve que ir a la Dele a dar parte.

Fue un desmadrote que me va a costar lana.

Taxista 2 cara de asqueo. La imagen del viejecito desaparece.

Taxista 2. –Yo ni maíz. Lo hubiera tirado a la calle, en cualquier esquina.

Taxista 1. –No hay que ser. La muerte...yo sí la respeto.

Taxista 1. –La muerte qué...¿Será mujer o será macho?

Tito. Su cara, por primera vez, en seria.

Taxista 2. (A Tito) –Para ti la muerte es mujer o es hombre

Tito. –No mamen. La muerte es un feo esqueleto.

Sonia. (Cabina) –Cuauhtémoc y Álvaro Obregón.

Taxista 1 muestra una botella sin marca. Sirve líquido en su café.

Taxista 1. – pa'l frío. ¿Quieren?

Tito. – A mí no me pongas nada. Me olisquea un patrullero y yo voy a dar al tarro con todo y gato.

Sonia. (Cabina) –Pasaje en Constituyentes y Chapultepec.

Taxista 2 negando con la cabeza y levantándose.

Taxista 2. –Yo voy a lo de Cuernavaca.

En la base sólo quedan tito y taxista1, que se inclina a Tito.

Ruido de motor.

Taxista 1. (A Tito) –Ese rumbo no lo trabajo. Llévale tú.

Tito acercándose a la cabina para checar tarjeta. La puerta de cabina está cerrada. Tito mete una tarjeta por rendija como de buzón. Golpea suavemente en la puerta de la cabina.

Tito. –Voy a Constituyentes. ¿A quién recojo?

Sonia. –No se haga el payaso. Se trata de una señora sola, de luto, me dijo. Está en la florería.

Tito. –¿Todavía está abierta esa florería? ¡Van a ser las doce de la noche!

Sonia. –Usted vaya y ¡cállese! o lo reporto.

Por la rendija de la puerta cerrada aparece la tarjeta checada que Tito recoge. Hace una seña obscena a la cerrada puerta y se aleja.

Tito al volante del taxi que va atravesando calles.

El gato duerme en el asiento próximo y delantero. Tito se inclina al tablero. Manipula.

Tito. (Al gato) –¿Quieres oír musiquita? Es cosa buena pa los corajes. Te ves muy conchudo allí durmiendo, mientras a mí me desvelan los corajes.

Voz radio (Masculina)...Los veintes. Música formidable, de mucho ritmo. Disfrútela usted. Viejita pero aguanta-dora. Singin in the rain.

Se oye la música de Singing in the rain.

Tito mira al través del parabrisa la esquina iluminada de la florería.

Tito. –Está abierta. ¡Qué raro, tan noche!

Tito aminora velocidad para descubrir a su cliente. Una mujer, con velo negro, le hace señas. El taxi se detiene junto a la señora. Se oye la música de Am I blue. Es una dama lujosamente ataviada. Viste un fulgurante vestido de grecas blancas y negras, rutilantes de chaquiras, de modelo algo rato para Tito. En la cabeza, un velo negro y largo. Es una mujer joven y bella con magnifico cuerpo. Tito sonríe halagado.

Tito. –¿Usted pidió un radio taxi?

La señora asiente. Lleva en las manos una corona de flores blancas.

Dama. –¡Ay! ¿Por qué tardó tanto?

Tito. (Mintiendo) –No daba con el lugar. Pero ya estoy aquí.

Tito baja del taxi. De una ojeada comprueba la hermosura y juventud de la dama.

Tito. –Permítame ayudarla.

La mujer entrega a Tito la corona de flores. Tito olisquea la corona sonríe.

Tito. –¡Qué hermosas huelen!

Dama- Son camelias.

Tito abre la cajuela del taxi. Deposita allí la corona de flores. Cierra la cajuela.

Tito al volante del taxi. La mujer en el asiento trasero.

El taxi arranca. Ruido de motor en marcha.

Tito guiando el taxi calle arriba. Tito mirando a la atractiva mujer por el retrovisor.

Tito. –Dígame por donde le jalo.

Dama. –Siga subiendo todo Constituyentes.

La mujer cierra los ojos y suspira.

Tito. –Ese velo negro, ¿es por luto?

La mujer asiente. No habla.

Tito. –¿Su papá ¿Su marido? ¿Su hermana?

La mujer seria, pero insinuante, mira a Tito. Lo nota él por el retrovisor.

Dama. –No pregunte. Siga adelante. Cumpla su deber. Deténgase. Creo que la vuelta es aquí.

Tito. –Es mejor que me diga donde vamos.

La mujer toca el asiento. Algo le molesta en el respaldo. Tito enfrena. Se baja del taxi. Abre la puerta trasera y se mete junto a la señora, que sonríe sensualmente.

Tito. –Ha de ser el reacojinado. Se hace bola.

Tito va a alejarse de la mujer, pero ésta lo aferra del brazo. Ambos se miran golosamente. Se abrazan. Se besan. Beso ardiente.

Ella separa sus labios de los de Tito. Tito le susurra algo a la mujer. Esta asiente.

Se oye la música de Broadway Melody.

Dama. – ¡Qué bella música! ¿Es un fonógrafo?

Tito. –¿Un fono...qué?

Dama. –Fonógrafo.

Tito, asombrado, observa el maquillaje de la mujer. La pintura en corazón de la boca; el estilo del corte de su pelo. Todo es antiguo, como de muñeca de los viejos gansters en las películas.

La mujer se baja los tirantes de los hombros y se tapa los senos con el velo negro.

Tito. –¿De dónde res?

Dama. –Muchas preguntas, chico. Haz lo que debes.

La mujer ofrece a Tito los labios entreabiertos.

Tito se separa escamado.

Tito. –No. Déjame pensar...Tus besos son muy fríos. Quiero decir...tus labios.

Tito abre la portezuela. Baja del taxi y ocupa de nuevo el asiento del volante. El coche arranca.

La mujer sonríe agudamente ocultando su desprecio. La mujer toca el hombro de Tito.

Dama. –Aquí. Deténgase usted.

Tito frena el carro. Tito casi espantado contempla el exterior.

Tito. –¿Aquí? ¡Aquí es el panteón de Dolores!

La mujer rebusca en su bolso de negra chaquira.

No tengo con qué pagarle. Digo, no tengo cambio.

La mujer pone en la mano abierta de Tito una moneda de oro.

Sigue oyéndose la música de los veintes.

Con esto es suficiente. Es una moneda de oro. Espéreme usted aquí hasta que yo regrese.

La mujer se baja del taxi y camina rumbo a la reja del panteón, donde desaparece. La música cesa de improviso.

El rostro de Tito expresa asombro, también, angustia. Perlas de sudor.

Cara del gato negro con ojos muy abiertos.

Tito levanta al gato y lo mantiene en sus brazos.

Tito. (Al gato) –Esto me huele a cosa fea, Federico. Voy a ver cómo entró.

Tito baja del taxi. Se aproxima a la reja de entrada. La ve cerrada. Nadie vigila.

Gato negro sentado en el asiento del taxi, junto al volante.

Entra al taxi Tito, muy nervioso.

Tito. –Que la espere su abuela.

Tito echa a andar el taxi. Remira al gato, como que le habla.

Tito. (Al gato) –Tengo la moneda de oro. La estoy sintiendo. Vamos a ver.

Tito detiene el motor. El taxi se para. Tito hurga en su bolsillo del pantalón. Saca la moneda. En la palma de su mano se ve la moneda de oro de cincuenta pesos. Tito muerde la moneda. La muestra al gato.

Es legítima, carajo. Oro de ley. Nunca nadie ha visto semejante lujo.

Tito se guarda otra vez la moneda. Una mano enguantada en negro toca en la ventanilla del taxi. Tito se sobresalta. Vuelve la cara y ve una cabeza con espeso velo negro encima.

Tito. –¿Otra enlutada? ¡Valor! Pues ni modo.

Tito abre la puerta. Entra al taxi una mujer enlutada. El velo negro, espeso, no deja ver el rostro de la enlutada. A diferencia del vestido de la otra, el de ésta es negro sin ningún brillo. Tito arranca el taxi, que sigue de frente. Tito, por retrovisor, trata en vano de mirar el rostro de la enlutada.

Tito. –¿A dónde la llevo, señora? Le advierto que no estoy libre. Este taxi es radio taxi. Es carro de sitio.

Enlutada. –Siga de frente. Yo le digo dónde.

Tito. –Será el rumbo, pero es la segunda enlutada que se sube.

Enlutada. (Irónica) –Conozco a la otra. Muy lujosa, dizque elegante. No hay tal. Es una mujer mala. Asesinó a su viejo marido para quedarse con su bolsón lleno de monedas de oro. Es una perra ninfómana. No la vuelva a levantar. Muy peligrosa. Muy peligrosa, jovencito.

En la mano de la enlutada, en su dedo pulgar, luce un anillo de buen diseño, y una piedra de luz. Es un diamante costoso. Sobreluce en el guante negro. La mano se mueve.

Enlutada. –Aquí, déjeme aquí.

Tito frenando el taxi. Se detiene. En el horizonte empiezan a verse los primeros rayos del día. Tito los mira inquieto.

Tito. –¡Está saliendo el sol!

Junto al taxi de Tito pasa un muchacho voceador.

Voceador. –¡Las noticias, joven, el Diario Matutino!

Tito compra el periódico. Lo paga. El voceador se aleja.

Voceador. (Alejándose) –¡Las noticias! ¡El Diario Matutino!

Tito vuelve la cabeza a mirar a la enlutada.

Tito. (Secamente) –Aquí la dejo, señor, y no pague nada; es mi camino.

La enlutada se inclina hacia Tito.

Enlutada. –Gracias joven amable. Pero yo le regalo esto como recuerdo.

La enlutada pone el anillo brillante en la palma de la mano de Tito. Al hacerlo distingue al gato y lo estruja con violencia.

Enlutada. (Gritando) –¡Qué horror! ¡Es el mismo enemigo malo! ¡Puerco!

Enlutada oprimiendo malignamente el cuello del gato. Arroja al animal al asiento delantero.

Tito recoge al gato. Lo abraza. Nota que está muerto.

Tito. –¡Federico! ¡Mi gatito!

Tito con la cara compungida y con lágrimas.

Tito. –¡Esa vieja te ahorcó! Pero me las va a pagar.

Tito tira lejos el anillo del brillante. Antes lo mira. Abre la portezuela y sale del taxi llevándose el cuerpo del gato.

Pone el cuerpo del gato en la cuneta al lado de la calzada.

Neblinosa luz del amanecer.

Tito distingue a lo lejos a la enlutada. La amenaza con puño cerrado. Corre tras ella.

Tito. (Grita) –¡Párate, pinche vieja ortopédica!

Tito alcanza a la enlutada junto al charco que ha hecho el drenaje. La pesca por el cuello y está ahorcándola.

Tito. –¡Me las pagas, asesina!

Tito arroja a la enlutada al charco del drenaje. Ella cae de cara al charco, pero el velo se escurre y es un cráneo de calavera.

Tito subiendo los últimos escalones, entra a su casa.

Berta lo recibe con amoroso abrazo.

Berta. -¿Qué te pasó? Llegas muy tarde. ¡Y traes una cara!

Tito muestra su rostro desolado y con lágrimas. Entrega el periódico a Berta.

Berta abre el periódico y mira una noticia a cuatro columnas.

En el diario, a cuatro columnas, se ve el retrato de Tito.

EXTRAÑA HISTORIA DE UN TAXISTA. (En letras más chicas). SE QUEJA DEL ASESINATO DE UN GATO.

Berta mira el afligido rostro de Tito

Berta. -¿Cuál gato?

Tito mira a Berta. Se tapa el rostro con las manos.

Tito. -¡Ay!, mi pobre gato, el mío!

Berta. -¡El gato llegó aquí hace como dos horas!

Tito mira a Berta con asombro.

Tito. -¿De veras? ¿Dónde está?

Berta leyendo el diario.

Berta. -Lo amarré en la pata de la cama.

Tito se acerca a la pata de la cama. Ahí está su gato encadenado. Tito sonríe cariñoso. Desencadena al gato. Lo acaricia. Berta mostrando el diario.

Berta. (Off) - ¡Qué raro todo! Y aquí leo otra cosa fea.

Berta leyendo el diario.

Hallan un esqueleto flotando en un desagüe.

CORTE.

Tito y Berta juntos. Sentados en la cama, casi contentos.

Tito. -Y el anillo lo aventé lejos.

Tito se busca en la bolsa del pantalón.

Berta. -Mejor. Era de mala suerte.

Tito. -Pero aquí traigo la moneda para tu medalla de oro.

La mano de Tito muestra a Berta la moneda de oro. Berta sonríe cariñosa a Tito. Toma la moneda, la des-envuelve, y se come la pastilla de chocolate.

Berta. -Eres muy bueno, Margarito Popoca. Pero déjate de brillantes y monedas de oro. Nuestra vida es otra muy sencilla.

Berta besa a Tito.

Berta. (Dulce) -Nos queremos, vivimos. Eso es más importante que los diamantes y las monedas de chocolate.

Gato negro de ojos agudos y peligrosos.

F I N



Escrito a mano de Sergio Magaña